



¿TIENEN SEXO LAS CIENCIAS?

Cristina SANTAMARINA

Las nuevas formas de conocimiento y del hacer científicos y tecnológicos que caracterizan al mundo —no ya futuro, sino actual— nos presentan a diario, en los diferentes medios de comunicación, la imagen de una cantidad ingente de varones dominando estas hegemónicas áreas del saber y los nuevos engranajes de poder que de ellas derivan. La tecnología y lo que viene ya legitimándose bajo el término de tecnociencia, parecen reificar, una vez más, la dominancia masculina en dichas áreas sobre cuyo horizonte estratégico nadie tiene dudas.

Dónde están las mujeres? ¿Acaso una vez más se perfilan un poder y un saber sólo masculinos? Esta falta de protagonismo femenino, ¿es una circunstancia propia de países latinos, católicos, sureños y barrocos o es un mal endémico que, como el fantasma de Marx, recorre todo el mundo de la ciencia y la tecnología? Estas son algu-

nas de las cuestiones que abrieron a la necesidad de conocer cómo y cuáles son las circunstancias de las mujeres españolas ante el conocimiento científico y tecnológico, dentro del marco de un estudio más amplio y ambicioso de la Europa comunitaria. En efecto, las instituciones europeas, conscientes de la importancia estratégica del desarrollo

***Desde 1940 a 1970,
mujeres y varones
no podían compartir
las aulas universitarias.***

científico y tecnológico y, en consecuencia, de la importancia de la presencia de mujeres en dichos ámbitos, ha realizado estudios en cada uno de los países de la Unión Europea, y lo que sigue da cuenta, sucintamente, de lo que acontece en España.

Una vez más, habrá que comenzar remitiendo a las peculiares circunstancias político-educativas que caracterizan a la España del siglo XX y el abismo diferencial —frente a los otros países europeos— que significa la experiencia de la dictadura de Franco, para recordar que desde 1940 hasta 1970, mujeres y varones no podían compartir las aulas. El régimen en cuestión tenía muy claros destinos para la masa femenina, señalados en numerosos documentos pero sobre todo en los modelos sociales que imperaron y cuyos designios no eran otros que situar a las mujeres como valedoras vicarias del poder masculino. Las mujeres en casa, cumpliendo con el papel de hijas primero, de esposas y madres después, no significaron ningún escollo para pensar políticas educativas y promocionales de las que sólo se beneficiaban ciertos varones pertenecientes a los segmentos sociales emergentes, esto es, las clases patrimoniales, a las que luego se sumaron las nuevas clases medias urbanas, surgidas del desarrollismo opusdeísta de los años sesenta. Las secuelas de la discriminación femenina tienen infinitas formas de expresión tanto materiales como intangi-

bles: desde lo mal visto que estaba socialmente el que una mujer quiera estudiar una *carrera masculina* hasta la ausencia de servicios sanitarios femeninos en las facultades de ingeniería.

Pero si desde principios de la década de los setenta comienza muy débilmente a corregirse esta discriminación, no será hasta mediados de los años ochenta cuando las jóvenes españolas invadan las aulas universitarias. Esta progresiva incorporación de mujeres a la educación universitaria, hace que en el periodo lectivo 96/97 (1) haya un 52,4% de mujeres estudiando en las universidades españolas. Son un 67% de quienes estudian diplomaturas, un 24% de quienes están en las aulas de arquitectura o ingenierías técnicas y un 27,5% de quienes estudian ingenierías superiores. Por lo que de forma innegable puede concluirse que las mujeres se han situado en las carreras de tercer ciclo con un importante volumen de presencia, a pesar de que su incidencia en las tradicionales *carreras masculinas* aún sigue siendo limitada.

Ahora bien, a medida que avanzamos en el proceso de jerarquización estudiantil, esta realidad tiende a cambiar: por ejemplo, entre la masa becaria, encontramos un 56% de varones frente a un 44% de mujeres y más aún entre doctores y doctoras —en el periodo lectivo señalado, 1996/97, un 70% es masculino, frente a un 30% femenino. Pero sin ninguna duda, será entre la masa docente donde se hacen expresivas las fuertes diferencias que caracterizan a los colectivos de mujeres y varones en el marco de la enseñanza universitaria: sólo un 10,3% de mujeres son catedráticas en las univer-

(1) Los datos sobre mujeres en la universidad que señalo en relación al periodo lectivo 96/97 corresponden a fuente EURYDICE, INE, 1999.

sidades españolas; un 10,8% son profesoras eméritas; un 30% son profesoras titulares y un 43,8% son profesoras ayudantes. Datos que ponen en evidencia la existencia de una escala piramidal (ver el cuadro 1) en donde resulta muy evidente que a medida que se escalan posiciones de poder académico, la presencia femenina tiende a menguar notablemente.

La situación se pone al rojo vivo cuando, fuera ya de los claustros universitarios, encontramos que tan sólo un 3,6% de la masa activa femenina trabaja en investigación científica y/o tecnológica, tanto en los ámbitos públicos como en el sector privado. Pero para poder pensar más estructuralmente qué es lo que está pasando, tendremos que acercarnos a lo que sucede en otros ámbitos de la enseñanza (tanto en el segmento de estudiantes como en el grupo docente) en enseñanzas medias, en la universidad y también en el mundo del trabajo en sectores públicos y en las empresas privadas. Y para realizar dicho acercamiento

he trabajado con una doble metodología de aproximación sociológica a través de encuestas estadísticas, instrumento técnico hegemónico de la metodología distributiva, y a través de historias de vida y de grupos de discusión, dispositivos ambos que tributan a la metodología de perfil estructural cualitativa.

Las/os estudiantes de enseñanzas medias

Fueron encuestados jóvenes de ambos sexos en proporción numérica similar en Institutos de Enseñanza Media de diferentes Comunidades Autónomas de España y en diversos tipos de ámbitos: rurales, urbanos y metropolitanos. Lo primero que llama la atención es que mientras que el 70% de ellas considera que cualquier carrera es adecuada para las mujeres, este porcentaje desciende al 43% cuando son ellos los que responden a la pregunta: *¿Qué profesión consideras más adecuada para una mu-*

CUADRO 1

Porcentaje de mujeres	TOTAL	
Catedráticos de Universidad	10,35%	6.602
Profesores eméritos	10,85%	507
Profesores visitantes	23,85%	327
Catedráticos de Escuela Universitaria	25,82%	1.685
Profesores Titulares Universidad	29,94%	20.411
Profesores Asociados	30,29%	25.345
Profesores Titulares de Escuela Universitaria	37%	11.079
Otros profesores	37,07%	1.500
Profesores ayudantes	43,86%	4.435
Estudiantes	52,63%	1.551.969

Fuente: EURYDICE, con datos del Instituto Nacional de Educación.

jer? Por supuesto que en los porcentajes restantes de cada colectivo, tanto las mujeres como los varones jóvenes van a señalar de manera específica las carreras vinculadas al cuidado de los otros como las más idóneas para una mujer: enfermería, psicología, magisterio, etcétera.

Sobre el proceso de domesticación de estas/os jóvenes es muy interesante comprobar las diferencias instrumentales —y las consecuentes distintas habilidades a las que llegan en la construcción de sus específicas culturas de género— en su proceso de socialización, aspecto que va a influir decisivamente en las diferentes formas de acercamiento a la tecnología y a la ciencia de uno y otro género. Resulta ilustrativo —aunque en ningún caso sorprendente— comprobar que casi el 90% de ellas, *nunca* ha utilizado una sierra, un telescopio, una taladradora, un soldador de circuitos, que el 79% de las mujeres jóvenes, *nunca* ha utilizado una lupa o nunca ha puesto parches en una bicicleta o que por el contrario, el 78% de ellos *nunca* ha limpiado con una aspiradora o ha preparado una comida, tarea donde las haya de excelente vinculación entre química y física. Junto a estas carencias instrumentales de ellas y de ellos, en los hogares de estas/os jóvenes, resulta que la figura que *preferentemente* friega, cocina, recoge la casa, compra ropa o calzado, va al mercado, pasa la

***Fuera de la universidad,
sólo el 3,69% de las mujeres
trabaja en la investigación
científico-tecnológica.***

aspiradora o les cuida cuando están enfermos es *la madre*, mientras que el padre es quien *preferentemente* arregla los pequeños desperfectos, conduce el coche, paga la cuenta cuando comen en un restaurante o lleva el coche al taller.

En la amplia batería de aspectos que consultamos en nuestro cuestionario diseñado para este segmento social —y para los otros, por lo que nos concentramos sólo en algunos aspectos importantes de cada uno de ellos— apareció de forma muy definida la imagen que tienen estas y estos estudiantes de enseñanzas medias sobre las personas que se dedican a ciencia y o tecnología. Se trata de un perfil de personalidad caracterizado por ser personas *muy concentradas*, a quienes lo que más le interesa es el *trabajo* y el *estudio*, *serias* y *encontradas* y, aunque en menor porcentaje, destacadamente *aburridas*, perfil que parece coincidir poco o nada con los gustos, expectativas e intereses de estas/os jóvenes con edades entre 15 y 17 o 18 años.

En una cultura que cada vez más intenta presentarse como un amplio *fast food* consumible, donde todo ha de ser fácil, rápido e inmediatamente digerible para pasar a otra cosa, otro tema, otra noticia u otra página, las y los jóvenes consideran que los estudios científicos y los tecnológicos están relacionados con lo que de forma muy paradigmática consideran *conocimientos precisos, ciertos, fiables, no contradictorios y acumulativos*, producto de trabajos *lentos, parsimoniosos, complejos*, y de destacada *dificultad*. Factores, todos ellos, que —más allá de lo verosímiles o no de dichos atributos— tienden a construir una imagen de la ciencia y la tecnología que en lugar de funcionar como un atractor, es un obstáculo más (si

cabe) para poder permitirse de forma más armoniosa, pensar, pensarse ante el interés por dichas áreas.

Para estos jóvenes de uno u otro sexo, la posibilidad de acceder a una formación relacionada con este tipo de conocimientos presenta tres tipos de discurso, los que a su vez se derivan de dos formas posibles de acceso a la ciencia y la tecnología. Las vías en cuestión son: *la capacidad innata* (algo así como un don natural o en términos más modernos, alguna determinación genética) según la cual los conocimientos científicos resultan fácilmente asimilables, o en su defecto la *huella didáctica* que la propia experiencia formativa pueda haber dejado en ellas/os. Esta huella didáctica deja de estar condicionada por las capacidades innatas o los condicionantes genéticos de cada cual, para ser concebida como el producto de la capacidad didáctica de quienes les han transmitido los conocimientos básicos.

De estas dos probables génesis, se desprenden tres discursos articuladores del interés por estudiar alguna carrera de perfil científico y/o tecnológico: a) el *discurso vocacional* que se presenta como un discurso autodeterminado en el que poco tienen que ver las influencias sociales de diverso tipo, como pueden ser las que corresponden a subculturas de clase, las expectativas familiares, etcétera. La vocación, por el contrario, parece ser un proceso de iluminación o de anunciación metafísica por el cual, sin saber cómo ni por qué, alguien tiene predisposición para este tipo de conocimientos. B) el *discurso pragmático* que, partiendo de cierta facilidad (ya sea por la vía innata o la buena huella experiencial didáctica), considera que en estos campos del saber se resuelve mejor (es decir, desde posiciones más supraordinadas) el destino laboral en el mercado

de trabajo. C) Finalmente, para estas y estos jóvenes el paso por el ritual (dicho en el sentido más literal del término) de *la vía de la selectividad* para acceder al ámbito universitario articula un tercer tipo de discurso, minoritario en comparación con los dos anteriores, pero que se debate entre el deseo, la especulación y la probabilística.

Si en la construcción de estos discursos no se perfilan especiales diferencias entre ellas y ellos, la sobredeterminación de las culturas del género se hará claramente expresiva cuando invocan sus expectativas futuras. Las mujeres jóvenes, ya sea desde el discurso vocacionalista o desde el discurso pragmático, cuando presuponen una relación proyectiva con la ciencia o la tecnología, saben que sus expectativas de profesionalización en estas áreas deberán combinarse con sus deseos de construcción de un núcleo familiar y, de forma hegemónica, con el paso por la experiencia de la maternidad. Y en estas proyecciones de futuro es donde se hacen expresivas las diferencias de género desde las cuales abordan la diferencia que para ellas significa enfrentarse a conflictos que *en ningún caso* aparecen en el horizonte estratégico de los posibles inconvenientes de los varones. De esta forma, se perfila con claridad meridiana que para ellas su futuro se ha de debatir entre el proyecto profesional que articula su identidad en la vida pública, y el proyecto de la maternidad,

***Se siguen considerando
carreras femeninas
aquellas vinculadas
al cuidado de los otros.***

***En las proyecciones
de futuro masculinas
no aparece el conflicto
entre profesión y familia.***

las responsabilidades domésticas, la sobrecarga de roles y responsabilidades como características idiosincráticas de sus vidas privadas.

Ellos, por su parte, perfilan una estrategia de construcción de su futuro más lineal, en la que domina la búsqueda de una excelencia profesional, a partir de la cual y para la cual construir una «buena» familia.

Pero otro condicionante trabaja en paralelo a estas dificultades que organizan la diferencia entre jóvenes de uno y otro sexo y no es otro que las diferencias de cultura, que se articulan a partir de la pertenencia a distintos segmentos de clase social. En la investigación ha resultado muy elocuente constatar que en los segmentos de clase media alta gobierna no sólo un principio muy afinado de libertad (siempre condicionada) para que las jóvenes decidan su destino profesional, sino que incluso se hace expresiva la existencia de un estímulo especial para que se inclinen por carreras de perfil científico y/o tecnológico. En los segmentos intermedios, el mensaje es más contradictorio: los padres tienden a preferir para sus hijas carreras «más femeninas» desde el punto de vista de su legitimación social y cultural, mientras que las madres viven con proyección positiva (y en algunos casos, hasta revanchista) la opción de sus hijas por carreras tradicionalmente masculinas. Pero donde se aprecian

más obstáculos es en los segmentos medio bajo y bajo. Allí, la presión hegemónica de las expectativas familiares —tanto de los padres como de las madres de quienes están actualmente realizando estudios de enseñanzas medias— para que las hijas no modifiquen sus destinos de género (es decir, de roles de linaje) actúa como un impedimento real y manifiesto que imposibilita la opción por carreras de tipo científico y/o tecnológico.

La ciencia y la tecnología, aunque las propongo en una perspectiva conjunta, lo cierto es que promueven diferentes grados de interés entre las mujeres jóvenes. Las ciencias, con toda la amplia diversidad de ramas que las caracterizan, resultan finalmente más cercanas a los intereses femeninos que la tecnología, a la que perciben como disciplina más instrumental, más inasible, más ajena, más empresarial y, por todo ello, finalmente más masculina. Pero paradójicamente, tanto para una como para otra, estas jóvenes promesas (ellas y ellos) consideran que las mujeres son portadoras de ciertos atributos —como la capacidad de *disciplina*, el *orden*, el *apego a las formas*, la *responsabilidad*, la *metódica*, el *tesón*, la *paciencia*, la *curiosidad* y la *intuición*— que mucho aportan, y aportarán, en el quehacer próximo de estas disciplinas.

Las estudiantes universitarias

En este segmento de estudiantes, sólo se realizó la investigación entre mujeres, y se tuvo más en cuenta la diferenciación en dos grandes bloques según los tipos de carreras: estudiantes de ciencia y/o tecnologías un 57% y estudiantes de ciencias sociales y humanidades, un 43%. En ambos tipos de ca-

rreras, cuando se les consulta sobre los motivos de elección de las mismas, destaca la *vocación* en un 85% de los casos y el *proyecto profesional* de inserción en el mercado de trabajo en un 78%, lo que parece ratificar las posiciones discursivas que anuncian las mujeres de la etapa de estudios inmediatamente inferior. Cuando valoran las carreras con mayor grado de *prestigio profesional*, destacan —a distancia de las otras— *medicina, ingeniería y derecho*. El 86% de estas jóvenes (de uno y otro tipo de carrera) señala que quienes estudian ciencia y/o tecnología son personas *seguras* y el 82% que son muy *concentradas en los estudios*. Para quienes están en ciencias sociales, la imagen de quienes estudian ciencias y/o tecnología va a estar más determinada por la imagen de que se trata de sujetos *serios*, que *hablan con dificultad* y que son *calladas*. Mientras que quienes estudian este tipo de carreras consideran prioritario en el perfil de personalidad el que sean *tolerantes*, que pretenden *gustar a los demás* aunque son muy poco *simpáticas* (sólo un 8,5% destaca la simpatía como atributo de quienes estudian carreras de ciencia y/o tecnología).

Pero estudiantes universitarias de uno u otro tipo de carreras van a volver a coincidir a la hora de valorar que *la ciencia y la tecnología se han desarrollado discriminando a las mujeres*; como también que *ellas son tan capaces como ellos pero tienen menos tiempo debido a las responsabilidades familiares*, que las mujeres dan *más valía a la formación de equipos*, y finalmente, que *hay muchas mujeres en ciencia y tecnología pero en los puestos más subordinados*.

Al igual que las más jóvenes, van a señalar la *capacidad intuitiva*, la tena-

cidad, la *paciencia*, la *atención a los detalles*, la *idoneidad para formar equipos*, la *capacidad de concentración* como atributos femeninos que mucho aportan al mundo de las disciplinas científicas y/o tecnológicas, mientras que son más propias de los varones la *ambición*, el *liderazgo en grupos*, la *visión global*, la *capacidad para construir conexiones internacionales*, y sobre todo les parece muy masculina la *disponibilidad para viajar*. Consultadas sobre los cuatro atributos que creen más importantes para desarrollar las disciplinas de este tipo en el mundo de hoy, van a destacar la *tenacidad/paciencia*; la *ambición*; la *idoneidad para trabajar en equipo* y finalmente, la *capacidad intuitiva*.

¿Tienen sexo las profesiones? Pues parece que algunas, al menos, sí. Ingeniería, informática y física nuclear, les parecen muy masculinas. Por su parte la psicología clínica, la enfermería, la pedagogía y el trabajo social resultan muy propios de mujeres, todo lo cual pone en evidencia, otra vez, que no sólo se mantienen prejuicios sobre el tipo de carreras y sus géneros, sino que una vez más las mujeres, de manera muy contundente, somos especialmente aptas para todo lo que sea el cuidado de los demás, tanto de sus cuerpos como de sus cabezas, de la socialización y de dar solución a las necesidades sociales. Tal vez por ello mismo, el 78% de estas jóvenes ase-

***Las ciencias resultan
más cercanas
a los intereses femeninos
que la tecnología.***

gura que *en igualdad de condiciones las empresas prefieren un varón a una mujer* y quienes están estudiando ciencias y/o tecnología son más enfáticas a la hora de afirmar que en sus futuras profesiones *hay más varones que mujeres que alcanzan el éxito y el prestigio social*.

Si estas mujeres de formación superior tienden a ratificar las posiciones discursivas de las más jóvenes (discursos vocacionalistas y pragmatis-tas), entre ellas ya se vislumbran ciertas preferencias por la práctica docente, no tanto por el estímulo en la voluntad de transmisión de conocimientos, sino porque dicha actividad parece resultar más compatible con «los otros» roles femeninos y una fracción numéricamente algo inferior —en concordancia con el discurso pragmatista— apunta al mercado de trabajo en las empresas, porque entiende que si bien es un ámbito donde las mujeres tendrán que superar más *handicaps* que en el sector público, es cada vez más el verdadero espacio en el que se realizan la ciencia y la tecnología.

Con más claridad que las más jóvenes, estas mujeres saben que sus futuros profesionales entran en colisión con sus proyectos afectivos y emocionales, que articulan la identidad de sus vidas privadas. Pero saben algo más, y esta nueva concien-

***La medicina
es una carrera
de perfil cada vez
más femenino.***

cia puede ser considerada un paso importante en las dimensiones de este conflicto: la contradicción entre los roles profesionales y la vida privada aparece como un conflicto netamente femenino que no alcanza a los varones. Dicho en otros términos, parece evidenciarse que resulta cada vez más claro que el conflicto de roles se presenta socialmente como un problema de las mujeres, sólo de las mujeres, cuando al mismo tiempo surge la pregunta de por qué esto es así, si la cultura de roles también atañe al conjunto masculino. Pero aún más, las universitarias son conscientes de su triple conflicto futuro. Por un lado, tener que demostrar que saben tanto o más que los varones para poder acceder a un puesto de trabajo. Por otro, deber compaginar sus perfiles profesionales con los deseos, derechos y deberes que se desprenden de su identidad femenina. Y finalmente, tener que dar la batalla para que la sociedad comprenda que el conflicto de roles no debe ser considerado un problema que sólo atañe a las mujeres.

En la percepción que tienen sobre la presencia femenina y masculina en el ámbito universitario, coinciden en gran medida con las/os estudiantes de enseñanzas medias al caracterizar a las mujeres como más *intimistas*, más *fiables*, más *disciplinadas*, más *intuitivas*, capaces de atender al conjunto de *detalles*, etcétera, mientras que ellos son más *osados*, más *brillantes*, más *divertidos*, con mayor capacidad de *liderazgo*, y más *eficaces*. Por ello, la hegemonía masculina en los puestos de responsabilidad y prestigio dentro del escalafón académico les parece tan sólo una extensión de lo que sucede fuera de los mismos claustros, es decir, en el conjunto de la realidad.

Sin embargo, será importante señalar también que sus imágenes e impresiones sobre la universidad son muy fragmentarias, imprecisas e inseguras, toda vez que los nuevos planes de estudios en los que parece primar la apertura a construir de manera individual un perfil curricular se asienta sobre un segmento social (por edad, por pertenencia de clase, por género, etcétera) que no alcanza a tomar posiciones autónomas para construir dicho perfil y que, por el contrario, lo que produce es una profunda desagregación de lo que tradicionalmente se llamaba el estudiantado. Carecen de cualquier noción de pertenencia colectiva. Son estudiantes de universidad pero no se consideran parte de una masa estudiantil, ni de un colectivo articulado sobre intereses y conflictos comunes; menos aún, encuentran en los recintos en los que estudian, espacios y vínculos para poder articular el paso desde la preocupación personal en tanto mujeres y futuras profesionales, a la práctica política —en el sentido profundo del término— es decir, constituir grupos de presión, de reflexión, de debate, de exigencias desde lo colectivo. Por el contrario, los datos ratifican que mayoritariamente no participan en ninguna instancia de política universitaria e incluso más, desconocen la estructura jerárquica de sus propios centros de estudio, los conflictos que existen en la comunidad universitaria, e incluso las autoridades de los mismos.

De cara a su inserción en el mercado laboral futuro, señalan que en el campo de ciencia y la tecnología las mujeres se encuentran con cinco grandes *handicaps* a superar desde las peculiaridades de la formación en España: realizar el aprendizaje de idiomas, especialmente el inglés; realizar doctorados (condición necesaria,

***Las universitarias
suelen desconocer
la estructura jerárquica
de sus centros de estudio.***

aunque no suficiente), lo que implica el ingreso en alguna de las familias académicas correspondientemente controladas por el «patriarca» del tema; realizar estudios de post-doctorado de estancia en el extranjero mediante becas o convenios, experiencia que suele interferir en los planes afectivos de forma mucho más violenta que para los varones; superar el aprendizaje universitario, tanto en experiencia y conocimientos como en la adecuación a los avances cada vez más acelerados en dichas áreas; y, finalmente, lograr alcanzar un grado de reconocimiento importante a través de la política de publicaciones en diferentes soportes internacionales.

Como ya anunciaban las más jóvenes, también las universitarias se inclinan antes por la ciencia que por la tecnología, ya que consideran que la primera se adapta mejor a las formas de ser y de hacer de las mujeres. Sin embargo, son conscientes de que, cada vez más, ambas se encuentran en manos de los sectores privados empresariales, lejos de los espacios que ofrecen un tratamiento más equitativo entre los géneros como, en general, caracteriza a los ámbitos públicos. Por el contrario, la empresa privada no sólo está en manos de varones sino que sus intereses, sus direcciones estratégicas, sus aspiraciones, sus líneas de desarrollo están pensadas por y para el segmento masculino.

**Los ámbitos públicos
ofrecen un tratamiento
más equitativo
que los sectores privados.**

**Profesoras y profesores
de enseñanzas medias**

Fueron consultados dentro de una muestra representativa a nivel nacional, un 51% de mujeres y un 49% de varones, profesoras y profesores de enseñanzas medias. Ninguna de ellas es doctora, mientras que el 75% de ellos sí son doctores. Al igual que a los colectivos de estudiantes, les consultamos acerca del perfil de género o sexo de las profesiones y ambos consideran profesiones femeninas la enfermería, el trabajo social, la pedagogía y la psicología clínica. Y consideran carreras masculinas la ingeniería de caminos, la física nuclear y la informática. La escala de prestigio social de las profesiones se sitúa en orden descendente en: ingeniería, arquitectura, derecho e informática.

Consultados sobre los perfiles de idoneidad que mujeres y varones aportan al hacer científico y/o tecnológico, señalan como atributos propios de lo femenino la *tenacidad*, la *paciencia*, la *atención a los detalles* y la *capacidad intuitiva* y como propios de lo masculino, la *disponibilidad para viajar*; la *ambición* y la capacidad de *liderazgo en grupos*.

Las posiciones discursivas ante la situación de las mujeres en la relación con la ciencia y/o la tecnología presentan cuatro grandes tipologías, que de

manera sintética caracterizo bajo los nombres de *discursos demográfico, lamentador, retador y autoafirmativo*.

El primero de ellos se caracteriza por situar a las mujeres en una perspectiva de ascenso y progreso como efecto del mismo factor demográfico, es decir, de su incidencia numérica cada vez mayor en los tradicionales sectores masculinos como la universidad y la investigación aplicada. Se trata de una posición discursiva que de manera muy situacionista se afianza en la consideración de un principio adaptativo (discurso que se produce tanto entre las mujeres como entre los varones) y que no duda en ser pionero a la hora de caracterizar los diferentes perfiles, según sexo, de las distintas profesiones testadas. Su posición, cargada de un optimismo sereno, se centra en el principio según el cual las mujeres van ascendiendo en lugar y prestigio social por efecto demográfico, y dicho efecto va modificando la cultura dominante. De esta forma, no se trataría más que de seguir la tendencia «natural» de una feminización técnica que, sin ninguna duda, debe aún superar los frenos de los tradicionales atavismos sociales.

La segunda tipología discursiva, caracterizada bajo el significante de discurso lamentador, es un discurso centrado en la queja ante lo que considera una total falta de capacidad institucional para superar las desigualdades femenino/masculino, lo que lo encierra en el lugar de la queja. Corresponde mayoritariamente a las mujeres, aunque algunos varones progresistas desencantados con el devenir histórico socio-cultural de España, se suman a él. Cuando se proponen transformar la queja en denuncia —atisbo de transformación que sugieren desde su pro-

pia experiencia en la docencia media— se encuentran con la suma de frustraciones acumuladas, entre ellas las propias, y en lo que consideran la falta de motivación general del profesorado medio en la actual realidad española. Es un discurso sin salidas, que les posiciona en el lugar de las víctimas postergadas (víctimas del sistema educativo, de la falta de prestigio profesional, de la desmotivación de los estudiantes, del cansancio y frustración de las/os colegas, de la inercia de las instituciones, etcétera) y que presenta poco entusiasmo ante el tema de la investigación. Es, sin embargo, un discurso de peso importante dado el volumen de este colectivo y la capacidad de extensión de su propia posición discursiva.

El tercer tipo de discurso, que hemos llamado el discurso del reto, asume de buen grado la dinámica de las diferencias en el alumnado (ellas/os) y parece dispuesto a superar lo que con claridad considera una sumatoria compleja de discriminaciones contrarias a la promoción de las mujeres. Propone la convergencia de logros femenino/masculino desde la estrategia de incremento de la capacidad y la competencia femeninas. Se trata de un sector minoritario, en el que se inscribe una notable mayoría de mujeres —la presencia masculina es exigua en el perfil de este tipo de discurso— pero tiene a su favor la espontánea apertura a posiciones muy radicalizadas, acompañadas de un fuerte componente reflexivo. Son, por ejemplo, quienes postulan la importancia de separar a mujeres y varones en las aulas ante la enseñanza de las disciplinas tecnológicas, como forma de incentivar el aprendizaje entre las jóvenes sin que se subordinen al conocimiento de los varones, más dispuestos siempre a monopolizar el uso

*Los estudiantes
carecen de una visión
global del mundo
científico-tecnológico.*

de los ordenadores y en general la relación con todo tipo de artefactos. Desde este discurso se defiende sin cortapisas la importancia de desarrollar estrategias de convergencia entre los géneros pero a partir de incrementar la competencia femenina, única vía de quebrar la resistencia masculina a la pérdida de los tradicionales espacios —reales y simbólicos— de usufructo del poder.

Y por último, la tipología discursiva de la autoafirmación está caracterizada por tender a centrarse en la importancia de las peculiaridades de las estudiantes, es decir, las particularidades del alumnado femenino que merecen ser apoyadas. Se trata de una estrategia que se pretende extender militantemente promocionando a las mujeres jóvenes que tienen inclinación y capacidad por la ciencia y/o la tecnología. Con menos radicalidad que la que enarbola el discurso del reto, es partidaria de la discriminación positiva, como de la puesta en evidencia de la ejemplaridad de las mujeres que han actuado en la historia de la ciencia con protagonismo incuestionable, así como de bucear en la clandestinidad de la historia para rescatar a todas aquellas otras que aún son desconocidas para la mayoría de quienes trabajan en ciencia y en tecnología.

Los defensores de este discurso son conscientes de que se trata de un trabajo a largo plazo ya que en la actuali-

CUADRO 2

Discurso	Estrategia	Motivaciones	Frenos
Demográfico	Seguir tendencia	Feminización técnica	Atavismos sociales
Queja	Denuncia operativa	Carencias profesorado	Frustración acumulada
Reto	Convergencia géneros	Competencia femenina	Resistencia masculina
Autoafirmación	Discriminación positiva	Ejemplo de las mujeres	Focos carencia social

dad no existen más que focos parciales, núcleos aislados dentro del desmotivado colectivo de profesoras/es de enseñanzas medias y que, más aún, así como en los primeros años de la transición y la afirmación democrática el colectivo de docentes tenía un peso importante dentro del espectro social, en la actualidad ha perdido no sólo prestigio sino que ha dejado de ser una referencia cultural, por lo que no se consideran más que una serie de «átomos» perdidos por el territorio español.

Se trata, como se aprecia fácilmente (ver cuadro 2), de dos tipos de discurso más adaptativos (el demográfico y el lamentador) y dos posiciones discursivas (con menor peso dentro del conjunto del colectivo) más cercanos a la actividad crítica. Toda/os sin ninguna duda, son manifiestamente conscientes de la situación de desigualdad de las jóvenes estudiantes ante sus contemporáneos masculinos, desigualdad que en muchos casos es agudizada por el propio perfil del personal docente, aunque señalan que los aspectos más importantes se sitúan en las discriminaciones de clase y en las designaciones de género. También es común a los cuatro tipos de discurso la posición acerca de la irrele-

vante capacidad de promoción dirigida a las jóvenes del actual sistema en las enseñanzas medias.

Las profesoras y profesores de enseñanza universitaria

En justa correspondencia con el fuerte diferencial existente en cuanto a presencia femenina y masculina en este segmento, fueron entrevistados en la muestra de ámbito nacional un 66% de profesores y un 34% de profesoras, tanto de carreras humanísticas y sociales como de carreras científicas y/o técnicas. En este caso se trata de un colectivo en el que tanto ellas como ellos son doctores. Se reiteran, casi miméticamente, las consideraciones acerca de carreras femeninas y carreras masculinas que expresan las y los docentes del tramo de enseñanza anterior. Las ingenierías son, para ellas y para ellos, carreras de perfil claramente masculino mientras que la medicina es de perfil cada vez más femenino, como lo son la psicología, el trabajo social, la enfermería... En el cuadro 3 figuran las carreras que consideran las más prestigiosas para la sociedad y las que lo son para ellas y para ellos, y que, como se aprecia, no presentan especiales dife-

CUADRO 3

Sociedad	Ellas	Ellos
Ingeniería Arquitectura Abogacía Empresariales	Ingeniería Arquitectura Informática Física	Ingeniería Arquitectura Física Informática

rencias sino más bien matices posicionales.

En relación con los atributos de cada género ante el quehacer científico y/o tecnológico, se mantienen los mismos rasgos y en el mismo orden en que los han expresado los colectivos anteriores: ellas con capacidad intuitiva, tenacidad, paciencia, atención a los detalles, idoneidad para trabajar en equipo; y ellos con visión global, ambición, liderazgo en los grupos, conexiones internacionales y sobre todo, disponibilidad para viajar.

También en este colectivo destacan cuatro grandes líneas discursivas, condicionadas por su pertenencia de género y su grado de adscripción a posiciones críticas o adaptativas. No se trata de discursos exclusivos ni excluyentes sino por el contrario de puesta en evidencia de las posiciones predominantes en cada uno de ellos. Son cuatro discursos —coincidentes en algunos casos con las nominaciones dadas a los discursos de los docentes de enseñanzas medias— que responden a las nominaciones de *discurso demográfico, ambientalista, jerárquico y de autoafirmación*.

En efecto, el discurso demográfico plantea la evidencia de un cambio poblacional que hace que cada vez sean más y mejores las chicas universitarias.

Esta afirmación tiene un componente de ocultamiento o denegación del conflicto en el terreno personal. Por ejemplo, las profesoras en ámbitos universitarios suelen afirmar que nunca se han sentido discriminadas, por lo que no se distingue entre *trato* discriminatorio (que en la universidad posiblemente existe, pero poco o más exactamente disimulado tras las estructuras de jerarquización) de aquello que con propiedad deberíamos llamar *situación* discriminatoria, que sigue vigente, aunque invisible a primera vista.

El discurso ambientalista es más propio de los varones (aunque algunas mujeres lo compartan) porque atribuyen a razones generales de la cultura, en sentido ancestral, la subordinación impuesta a las mujeres. Agrupados en tal diagnóstico no ven salidas de fondo a la situación. Son, sin ninguna duda, la expresión más clara del discurso de la fatalidad y de su inmediato reverso, la impotencia pasiva que desposiciona cualquier intento de gesto político tendente a transformar la situación dada. A pesar de hacer gala de un discurso de comprensión estructural de lo que en el medio universitario favorece la discriminación hacia las mujeres, su posición tiende a diluirse más en la queja que en la acción.

El discurso jerárquico está representado por los que trabajan críticamente

*Las profesoras universitarias
suelen afirmar
que ellas nunca
han sido discriminadas.*

en el interior de la universidad, en el sentido de atribuir la desigualdad a su causa inmediata y decisiva: el poder académico masculino. Piensan —y en eso coinciden con las mujeres en posiciones críticas más activas— que la conquista progresiva de cargos de responsabilidad y de niveles académicos superiores por parte de éstas es condición indispensable para articular nuevas formas de equiparación entre los géneros. Atribuyen a la especificidad de los claustros la responsabilidad de convertirse en el sector de vanguardia del resto de la sociedad, dadas las peculiares características de sus lugares de trabajo: centros para la comprensión de la historia, de lo que transcurre, del devenir... Por lo que el discurso jerárquico, en tanto factor articulador de la discriminación negativa para las mujeres, habrá de convertirse en un discurso renovador que jerarquice, a través de la discriminación positiva, las peculiares circunstancias de las mujeres académicas.

El discurso de la autoafirmación sostiene la necesidad de una discriminación positiva a favor de las mujeres universitarias. La especificidad de su estilo y de sus problemas pide esta atención peculiar. Se sitúa en una posición en las que tributan por igual el discurso demográfico y el jerárquico, pero están más dispuestos a trabajar a favor de la discriminación positiva dentro de los claustros académicos, y por añadidura

en el conjunto de la sociedad, especialmente en los sectores productivos tanto privados como públicos. Este discurso es sostenido mayoritariamente por mujeres.

Los cuatro tipos de discurso convergen, sin embargo, en una percepción de las profesiones desde la óptica académica según la cual las dos cualidades básicas de la enseñanza universitaria estarían atravesando por un momento que tiende a desplazar el prestigio de la enseñanza. En efecto, cualquiera sea el enfoque discursivo que profesoras y profesores universitarios exponen, van a coincidir en que la labor universitaria al feminizarse, se desprestigia. La única posibilidad de reposicionar la tarea docente será con un desempeño de calidad en el que la presencia femenina resulte legitimada desde diferentes ámbitos y que dicha legitimación sea bien comunicada.

Las estrategias y medidas para lograr dicha legitimación, así como el reconocimiento de los frenos u obstáculos que se interponen, son diferentes según el tipo de discurso del que se trate. Para los ambientalistas, se deberá llevar a cabo una tarea de sensibilización generalizada (desde la universidad hacia la sociedad) y la misma ha de tener como motivación una «estética de lo igualitario», capaz de diferenciarse del resto de la cultura y, muy particularmente, de la cultura del mercado, hegemónica en la sociedad española actual. En el discurso demográfico se trata por el contrario de hacer evidente la importancia histórica de un relevo generacional, tan evidente como el que se ha producido en el tipo de sujetos presente en las aulas, ante el cual corresponde una igualitaria feminización institucional. El discurso demográfico, casi en exclusiva encuentra los frenos en las propias mujeres, en lo que

de manera muy genérica podríamos caracterizar como la desmotivación femenina.

Para el discurso jerárquico, más que un relevo generacional, ha llegado la hora del relevo de sexos en la construcción de una nueva ilustración, de una nueva cultura universal, ya que desde diferentes ópticas es evidente que el sujeto principal del próximo siglo son las mujeres. Por ello descifran con gran detalle la importancia de los valores femeninos de cara a la nueva tecnociencia que ilumina las formas de construcción y de comprensión actuales. Para este tipo de discurso, los frenos están situados —a diferencia del discurso demográfico— en las resistencias masculinas a promover dicho relevo. Y finalmente el discurso de la autoafirmación, que esgrime con más claridad que ningún otro la importancia de las políticas de discriminación positiva, para lo cual sus referentes no son otros que los ejemplos de la amplia variedad de mujeres que tanto antes, como más aún ahora, están trabajando afanosamente en los campos de la ciencia y de la tecnología. Para este discurso los frenos no están ni en las mujeres ni en los varones, sino en la

tendencia a la empresarización de la ciencia y la tecnología, empresarización internacional y nueva economía global, cuyo control está en manos de los varones.

Las investigadoras

El 54,3% de las investigadoras entrevistadas —mujeres que trabajan en ciencia y/o tecnología en ámbitos públicos y/o privados— considera que en España existen muy pocas mujeres trabajando en estos ámbitos. El 64,7% del total de encuestadas considera que una mujer tiene muchos más obstáculos que un varón para dedicarse a estas disciplinas, porcentaje que aumenta al 74% entre quienes desarrollan su labor en el ámbito de las empresas privadas. Y el porcentaje alcanza al 90% cuando se les solicita caracterizar el tipo de obstáculo y que no es otro que las obligaciones familiares. La capacidad intuitiva necesaria para la imaginación científica y tecnológica es lo propio de las mujeres, y así lo afirma el 73% de ellas, mientras que lo característico de los varones es la disponibilidad para viajar.

CUADRO 4
Relación entre estrategias, recursos y barreras o frenos

Discursos	Estrategia	Motivación	Frenos
Ambientalista	Sensibilización	Estética igualitaria	Imágenes mercado
Demográfico	Relevo generacional	Feminización institucional	Desmotivación femenina
Jerárquico	Relevo géneros	Competencia femenina	Resistencia masculina
Autoafirmación positiva	Discriminación de las mujeres	Ejemplo internacional	Competitividad

Las tres profesiones con mayor prestigio social para el conjunto de las investigadoras encuestadas son: medicina, ingenierías e investigación científica.

Al igual que en los otros colectivos, no existe un único discurso articulador, sino por el contrario son perceptibles tres grandes líneas diferenciales en la construcción de sus reflexiones y opiniones sobre las mujeres ante el conocimiento científico y/o tecnológico: los discursos adaptacionista resignado, de militancia activa y finalmente, el optimista calculador.

Desde el discurso *adaptacionista resignado*, se considera muy difícil modificar la actual hegemonía masculina —al menos en el corto y medio plazo— porque dicha hegemonía se produce de forma estructural en la sociedad entera y no sólo en los ámbitos científicos y/o tecnológicos. La diferencia biológica es el último —pero insalvable— umbral diferencial. Domina en los sectores públicos especialmente pero está también en el privado. De hecho es evidente que está, sobre todo, en el corpus de sus propias representaciones de las mujeres, a las que consideran «atrapadas» por los destinos que la biología les ha concedido y de lo que se deduce que resulta imposible intentar lograr espacios de equiparación entre los géneros.

***La labor docente
universitaria,
al feminizarse,
se desprestigia.***

Discurso de militancia activa. Se trata de un discurso minoritario, propio de las mujeres batalladoras que saben que sus actuaciones pueden implicar transformaciones políticas. Son activas y pertenecen a redes femeninas que pretenden dentro de la ciencia y la tecnología situar a las mujeres y sus necesidades como referente del hacer y de la reflexión. Creen que la ciencia y la técnica son dos instrumentos fundamentales para lograr la equiparación entre los sexos y por tanto que se trata de unos ámbitos idóneos e inexcusables para realizar el trabajo de la transformación tanto en el plano de las repercusiones específicas (dentro de estos sectores) como en lo que respecta a su expansión hacia el conjunto de la sociedad.

Discurso optimista calculador. Es un discurso que se afianza —como el demográfico— en el crecimiento del número de mujeres en la ciencia y la tecnología. Considera que de mantenerse —e incluso incrementarse— esta tendencia las mujeres tendrán más protagonismo y cambiará no sólo la relación entre los géneros sino sobre todo la dirección de los desarrollos en estos campos del saber. Su propuesta, centrada en un optimismo fundado en cada vez mayor presencia de mujeres en los círculos sobre los que se investiga, se concentra metafóricamente en la fórmula *masa por tiempo*.

A modo de balance...

El conjunto de la amplia, diversa y compleja investigación realizada, pone de manifiesto la existencia de un abanico de paradojas que actualmente atraviesan la realidad de las mujeres ante el conocimiento científico y técnico. Sin ninguna duda, la principal pa-

radoja es la que señala que el número de mujeres en el ámbito relacionado con el conocimiento científico y tecnológico ha crecido (y de forma importante) aunque al mismo tiempo se ha estancado su acceso a los puestos más altos de responsabilidad, tanto en el sector privado como en las instancias públicas, instituciones y medio académico.

Resulta evidente que nunca las mujeres han estado tan preparadas para acceder al conocimiento y la investigación en estas áreas, pero al mismo tiempo la situación de discriminación de la que son objeto en los campos de la investigación y la docencia es claramente alarmante.

Frente a esta situación, cabe en principio realizar reflexiones desde los diferentes segmentos a fin de poder acceder a la complejidad del tema:

Las estudiantes. Su inclinación por carreras de tipo científico y técnico está vinculada de manera casi hegemónica a la «facilidad» de aprendizaje de las asignaturas que, en educación primaria, en ESO y en enseñanzas medias principalmente, les legitima como aptas para acceder a las carreras de tipo científico y/o tecnológico.

Dados los peculiares caminos de la educación «informal» orientada hacia las mujeres, como también los contenidos curriculares de la enseñanza obligatoria y el bachillerato opcional actualmente vigente, las mujeres tienen muy poca relación con la tecnología. Todo lo cual tiende a desdibujar el posible interés por este campo del conocimiento, cosa que no sucede con las ciencias, especialmente las de tipo experimental, que son las que más interesan al colectivo femenino.

La empresarización de la ciencia agudiza la discriminación de las mujeres.

Las mujeres estudiantes de enseñanzas medias y de universidad carecen de una visión global del mundo de la ciencia y de la tecnología como carecen de información sobre las peculiares características de estos sectores y, sobre todo, desconocen la situación de las mujeres que trabajan en ellos. Resulta altamente ilustrativo el hecho de que las estudiantes universitarias no sepan valorar si en sus universidades respectivas hay más mujeres o varones catedráticos, como tampoco saben si sus autoridades máximas en las facultades y en la misma universidad son mujeres o varones. El bajo nivel de participación en la política educativa —agudizado en el actual sistema universitario— intensifica la actitud de tránsito por las facultades sin reparar en lo que sucede en dichos centros. Queda, pues, relegado para la fase de inserción al mercado de trabajo —cualquiera sea el destino que ellas prefiguren— el conocimiento y reconocimiento de esta realidad. Y esta situación se producirá desde una concepción atomizada, individualista y competitiva que en nada ayuda a resolver el conflicto.

Finalizados los ciclos formativos universitarios, las estudiantes saben que deberán acometer una serie de desafíos para poder lograr alguna forma de inserción con legitimación profesional propia, tal como realizar doctorados, saber idiomas, lograr estancias en universidades extranjeras, intentar publicar artículos en revistas de prestigio inter-

***La tecnología
sigue siendo algo
muy distante de los
intereses femeninos.***

nacional, para lo cual deberán adscribirse a un departamento facultativo que generalmente está dirigido por catedráticos varones.

Las/los profesoras/es de enseñanzas medias. En conjunto, tanto ellas como ellos señalan como un avance importante de la educación actual la ausencia de cualquier tipo de discriminación en las aulas, lo que provoca una tendencia generalizada a tratar por igual a mujeres y varones estudiantes como si entre unos y otros no hubiera diferencias.

Consideran que las mujeres estudiantes, en general, son más disciplinadas, aplicadas, metódicas, serias, responsables, tenaces y pacientes, todo lo cual las sitúa correctamente para acometer carreras relacionadas con la ciencia. La tecnología es algo muy distante de los intereses femeninos y en la experiencia educativa mixta, los varones estudiantes acaparan —de manera implícita— las experiencias más formativas en esta área.

Las mujeres estudiantes, siendo en conjunto más capaces y con mejores expedientes académicos, son consideradas por sus profesoras/es de enseñanzas medias como más proclives a priorizar los aspectos afectivos y emocionales ante el otro sexo, antes que centrarse en potenciar sus aptitudes intelectuales.

Profesoras y profesores de este sector de enseñanza, reconocen que están carentes de formación propia para acometer los cambios que se están produciendo en el alumnado, y que tienen poca información y motivación para poder aportar en temas «específicos» como mujeres y conocimiento científico. Aunque se manifiestan básicamente conformes con sus actuales situaciones de trabajo y los roles que desempeñan, saben también que su situación de profesorado intermedio les sitúa en una posición poco prestigiosa ante la sociedad y, en especial, frente a sus alumnos.

La ausencia de dotaciones para el reciclaje didáctico personal, para adecuar los planes formativos que demandan las nuevas generaciones frente a los cambios técnicos y científicos, para vincular más activamente a las/os estudiantes a sus futuros universitarios, es otro de los aspectos que de forma sistemática reiteran.

Valoran que las/los jóvenes tienen muy poca información sobre salidas profesionales posibles y sobre la amplia y diversa oferta de carreras existente actualmente.

Profesoras/es universitarias/os. Sector que tiene clara conciencia de las situaciones de discriminación de las mujeres en el ámbito científico y tecnológico, conciencia que si bien es más acusada en ellas, no es ajena a las manifestaciones y posiciones que asumen los varones. Esta situación se inscribe de forma muy directa en la actual crisis del sistema educativo universitario, pendiente de una urgente revisión de los planes de estudio y de las formas que caracterizan la actual organización de los claustros. Pero tienden a valorar la importancia del número de estudiantes

mujeres en ciencia y/o tecnología y a percibir que el segmento femenino es cada vez más importante en número y con mejores capacitaciones para la excelencia.

La actual política de I+D es señalada por el conjunto de profesores como el verdadero motor que permite a las universidades acceder a propuestas de investigación —fundamentales para realizar una buena docencia— y que implica la apertura hacia otras universidades extranjeras y el ejercicio de actuación en redes internacionales. Estos aspectos son importantes sobre todo para las docentes femeninas que son —y así lo reconocen los propios varones— las más interesadas y activas en los planes de investigación.

Las investigadoras. Segmento que presenta el mayor grado de conocimiento —fundamentalmente— de la situación de las mujeres ante el conocimiento científico y tecnológico y que reconoce en los condicionantes de género (heteronomía femenina, doble jornada, trabajo invisible, responsabilidades familiares y domésticas, etcétera) el verdadero «muro» para un mayor reconocimiento de las mujeres en el quehacer científico o tecnológico. Las empresas y las instituciones siguen dirigidas por criterios masculinos que desconocen no sólo los esfuerzos que realizan las mujeres en la investigación, sino sobre todo las capacidades femeninas en estos terrenos y desconocen también la especificidad de las mujeres cuando se trabaja en desarrollo científico y/o tecnológico. La tendencia a pensar la ciencia para el conjunto de la sociedad, encubre la falta de una mirada estratégica más centrada en las necesidades y demandas de las mujeres

en todos los ámbitos y en diferentes situaciones.

La tendencia a la empresarización de la ciencia —en el caso de la tecnología es un hecho dado y aceptado— agudiza las formas de hacer masculinas en estos campos que, además de las carencias señaladas en el párrafo anterior, ha de actuar movida por los atractivos de la rentabilidad económica y de la eficacia inmediata, verdadera punta de lanza de los intereses de la cultura masculina.

Frente a este amplio, diverso, complejo pero a la vez convergente panorama aportado por los diferentes sectores consultados, parece importante que las instancias administrativas desplieguen una serie de acciones que abran la posibilidad de una transformación más inmediata a fin de lograr una situación de mayor justicia equitativa entre quienes están en las áreas de conocimiento y trabajo científico y tecnológico. Y que dicha equiparación entre mujeres y varones no sea —como algunos suponen— sólo el producto de un cambio de peso numérico en lo que respecta a la presencia de ellas dentro de estos sectores. El primer aspecto que llama la atención es que esta compleja situación que atañe a las mujeres ante el conocimiento científico y/o tecnológico, y que atraviesa diferentes instancias formativas y productivas, es un *conflicto clandestino* del que ni siquiera quienes lo viven y menos aún quienes lo padecen o padecerán tienen conciencia. Por lo que parece urgente realizar acciones que saquen a la luz esta situación convirtiéndola en un tema público que llegue a diferentes instancias sociales, políticas, deliberativas y, sobre todo, resolutivas.